



**CICLO DE CONFERENCIAS**  
“Testigos de la fe / El valor de los mártires”

**8ª CONFERENCIA**  
Domingo – 11 de mayo, 2014

**“Mártires españoles del s. XX”**

**Ponente: Dr. D. Alberto Bárcena Pérez**

**Orígenes históricos del anticlericalismo español**

El rechazo a la Iglesia católica hunde sus raíces en la Ilustración francesa con su racionalismo radical, teñido de panteísmo roussoniano. El deísmo inglés, que alumbró a la masonería, unido a estas corrientes, trajo un rechazo violento hacia la religión revelada. Para Voltaire, modelo de los *philosophes*, la destrucción de la Iglesia (“La Infame”, como él la denominaba) será un objetivo prioritario antes de alcanzar una sociedad feliz. Era previsible que la Revolución Francesa llevara aparejada la persecución religiosa que aquí se ha descrito. Dicha persecución, en España aflora durante la invasión napoleónica, por obra del ejército invasor, heredero de las ideas revolucionarias también en lo religioso. Pero se percibe como problema interno durante la implantación del régimen liberal, a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Durante el Trienio (1820-1823) se nacionalizan los bienes del clero regular, se exclaustra a un alto porcentaje de los religiosos y se expulsa de España al Nuncio, así como a los jesuitas; era ya la segunda expulsión de los hijos de San Ignacio. Y en ambos casos fueron la cabeza de turco de una soterrada lucha de gobiernos españoles – regalistas e ilustrados en el primero; liberales ya en el segundo- contra la Santa Sede. Pero, además, también en el Trienio Liberal, se producen los primeros atisbos de la otra persecución, la sangrienta, con el asesinato del Obispo de Vich, previamente detenido y vejado como si de un peligroso malhechor se tratara. Al calor de la primera guerra carlista se recrudece la persecución con la desamortización de Mendizábal y la prohibición de los votos solemnes. Pero también entonces el derramamiento de sangre adquiere proporciones imposibles de atribuir a ciertos desmanes callejeros. Me refiero a la <matanza de frailes> de 1834: el 17 de julio de ese año, en Madrid, a plena luz del día, grupos organizados recorren las calles del centro asaltando varios conventos en los que exterminan, con inusitada crueldad, a las comunidades religiosas. El capitán general de Madrid se limitó a observar los sucesos y el Gobierno de Martínez de la Rosa no dispuso ninguna medida para impedirlos o castigarlos ¿Qué estaba ocurriendo en la católica España? Menéndez Pelayo dio una respuesta que no se ha desmentido:

Nadie sabe a punto fijo, o nadie quiere confesarlo, cuál era la organización de las logias en 1834, pero en la conciencia de todos está, y Martínez de la Rosa lo declaró solemnemente antes de morir, que la matanza de los frailes fue preparada y organizada por ellas.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, *La historia de España*, Madrid, 2007: Ciudadela Libros, pág. 286.

Indudablemente, el componente masónico fue decisivo en el liberalismo histórico; el decimonónico, diferente del democrático, que se desarrolla en el siglo XX. Aquel puede calificarse de jacobino como jacobina será también la izquierda republicana del Frente Popular Español. Y no debe olvidarse que el término <jacobino> procede del club dirigido por Robespierre, gobernante de la Francia revolucionaria durante el Terror, momento álgido de aquel proceso histórico, en el que tuvieron lugar gran número de martirios. El abate Jean-Pierre Laulome habló de ellos en este mismo ciclo de conferencias.<sup>2</sup>

La persecución religiosa se prolongó durante el reinado de Isabel II, destacando la desamortización de Madoz, que venía a completar la de Mendizábal: el <inmenso latrocinio> del que habló Menéndez Pelayo, que, siguiendo el modelo revolucionario francés, tenía como objetivo no solo los bienes del clero, sino también el desmantelamiento de la Iglesia que de ese modo se vería incapacitada para cumplir su labor social. Las donaciones de los fieles lo impedirían, pero la lucha se mantuvo inalterable desde el poder, dependiendo en gran medida, su virulencia del partido gobernante. De muy poco sirvió que la Reina pretendiera minimizarla, como ella misma declaró a Pío IX:

Mi deseo de poner el peso de la Corona en la balanza del catolicismo contra las impiedades revolucionarias, es perfecto y sin vacilaciones, pero no se me oculta que si, por una lucha imprudente, se facilitara el triunfo de la revolución, lejos de servir yo a la causa de la Iglesia, la causaría tanto y aún mayor mal que le ha causado el Rey Víctor Manuel obrando en contrario sentido.<sup>3</sup>

El asalto a la Santa Sede no tardaría en llegar y no precisamente en sentido figurado: el mismo Víctor Manuel a quien señala la reina de España como agresor de la Iglesia, tomará los Estados Pontificios y un príncipe de su Casa ocupará el trono español, del que Isabel II había sido arrojada en 1868. Por sus propios errores y los de su lamentable familia, sin duda, pero también por una conspiración, claramente anticlerical, que terminó en la llamada <Gloriosa>. Una revolución, que, entre otras cosas, significaba un nuevo ataque a la Iglesia española. Tras el fracaso de la monarquía saboyana, la Primera República tomará el relevo en esa lucha mientras se desencadenaban simultáneamente tres guerras civiles. Con la Restauración llega el sosiego, pero no desaparece el anticlericalismo de la escena política, hasta conseguir, ya en el siglo XX, un triunfo aplastante con la proclamación de la Segunda República.

### **El marco histórico: la España de los años treinta**

Porque el verdadero holocausto católico en España se anunciaba con la proclamación del nuevo régimen: no había transcurrido un mes desde su llegada cuando, el 11 de mayo de 1931, ardían los conventos de Madrid, seguidos al día siguiente por los de Málaga y otras ciudades. Como en 1834, la pasividad del Gobierno fue absoluta. Al margen de los atropellos y violencias cometidos contra gentes y bienes de la Iglesia, la nueva maquinaria estatal se disponía a eliminarla de la enseñanza, la eterna batalla

---

<sup>2</sup> Conferencia titulada <Los Mártires de la Revolución de 1789 en Francia>, pronunciada en el Valle de los Caídos el 16 de marzo de 2014.

<sup>3</sup> Carta de Isabel II a Pío IX de mayo de 1865, cit. en Carmen LLORCA, *Isabel II y su tiempo*, Madrid, 1984: Ediciones ISTMO, pág. 202.

laicista. Pronto empezaría a redactarse, además, una constitución contra el Catolicismo; la más sectaria jamás promulgada en España. La propia masonería proclamaba su triunfo y en 1937 su Gran Maestro, en Valencia, vaticinaba, viendo la desfavorable –para su bando– evolución de la contienda: <la agonía de la santa república de nuestras libertades, la más masónica que quepa concebir>.<sup>4</sup>

La sangre de los mártires empezó a correr en 1934 en la revolución de Asturias, donde fueron asesinados treinta y cuatro sacerdotes y religiosos. El partido socialista, que la organizó, era entonces tan marxista como el propio comunismo condenado en 1937 por Pío XI,<sup>5</sup> y Largo Caballero, uno de sus principales dirigentes, evolucionaba hacia una clara bolchevización que le valió el apoyo de la Komintern, y el sobrenombre de <Lenin español>. Era solamente el inicio de una persecución comparable a las del Imperio Romano que también hemos abordado en este ciclo.<sup>6</sup> En 1936, al unirse, en el Frente Popular, la Izquierda Republicana de Manuel Azaña con el PSOE y resto de izquierdas marxistas, la suerte del catolicismo español se ensombrecía sin remedio. Se habían unido las dos fuerzas que Franco condenaría poco después en una misma ley y perseguiría en un mismo tribunal: masonería y marxismo.<sup>7</sup> Aunque a estas, habría que añadir el anarquismo, que también representó un papel protagonista en la persecución religiosa, tanto en Madrid como en el resto de España. Lo veremos en algún caso concreto.

Durante la Guerra Civil, los caídos del bando nacional fueron 119.965. Esta es la cifra que se desprende de los álbumes depositados en el Santuario de la Gran Promesa de Valladolid. Como dice Ángel David Martín Rubio, uno de los expertos en el tema, objeto de su tesis doctoral, se trata de cifras totales; no referida solamente a los asesinados en la zona republicana. A esta cuestión ha dedicado largos años de investigación publicando sus resultados, por provincias españolas, con toda precisión, deslindando los campos hasta donde es posible.<sup>8</sup>

En cualquier caso, impresiona la cifra de los asesinados por pertenecer al clero; 6.871 personas, divididas en los siguientes grupos:

Obispos y sacerdotes.....4.352

Religiosos y religiosas.....2.519<sup>9</sup>

Si se añaden los laicos pertenecientes a la Adoración Nocturna y a la Asociación Católica de Propagandistas, el número de víctimas se eleva hasta 9.128.<sup>10</sup>

---

<sup>4</sup> Luis SUÁREZ, *Franco. Los años decisivos, 1931-1945*, Barcelona 2001: Ariel, pág. 154.

<sup>5</sup> Carta Encíclica *Divini redemptoris* de 19 de marzo de 1937, en la que el Papa se refiere a la persecución sufrida por los católicos españoles en aquellos momentos, como también a la de los católicos mejicanos.

<sup>6</sup> Primera conferencia del ciclo, pronunciada por Alberto Bárcena en octubre de 2013, y la dictada por don Leopoldo Prieto el 25 de mayo de 2014.

<sup>7</sup> Ley de 23 de febrero de 1940.

<sup>8</sup> Ver Ángel David MARTÍN RUBIO, “La represión republicana”, en Alfonso BULLÓN DE MENDOZA y Luis TOGORES (coords.), *La otra memoria*, Madrid, 2011: ACTAS.

<sup>9</sup> Ricardo DE LA CIERVA y José Antonio ARGOS, *113.718 caídos por Dios y por España...*, Madrid, 2009: Fénix, pág. 318.

<sup>10</sup> *Ibidem*, pág. 390.

En cuanto a las religiosas, contamos con la relación exacta de las asesinadas gracias a la obra de Gregorio Rodríguez Fernández, *El hábito y la cruz*.<sup>11</sup> Están representadas casi todas las órdenes, desde las contemplativas hasta las que desplegaban una mayor actividad en su labor social: carmelitas de todas sus ramas, calzadas y descalzas, misioneras y de la caridad; capuchinas, dominicas, clarisas, cistercienses, oblatas, ángeles custodios, hijas de la caridad, adoratrices, escolapias, esclavas de María, trinitarias, salesas, reparadoras, agustinas...

Aquella fue una persecución sistemática; un verdadero genocidio por razón de la fe. Uno de los primeros expertos en la materia, Antonio Montero, destaca la importancia del número; la concentración de asesinatos en un determinado momento: <En toda la historia de la universal Iglesia no hay un solo precedente, ni siquiera en las persecuciones romanas, del sacrificio sangriento, en poco más de un semestre, de doce obispos, cuatro mil sacerdotes y más de mil religiosos.><sup>12</sup>

Se refería, obviamente, al primer semestre de la Guerra Civil, en el que se dieron la mayoría de los martirios. Cabe añadir, si comparamos aquella con las persecuciones romanas, que las generales se dieron en todo el Imperio, espacio mucho más amplio que la mitad del territorio español, donde se vivió la persecución religiosa en aquellos meses.

### **Las beatificaciones: el juicio definitivo de la Iglesia**

Difícilmente podrían encontrarse argumentos políticos para explicar este auténtico genocidio. Solamente un odio preternatural al Cristianismo puede motivarlo. Sin embargo, la Iglesia, a pesar de tan claros indicios, no prejuzgó ¿Eran mártires o simplemente víctimas de una guerra civil? Los procesos comenzaron en el pontificado de Pío XII, y en 1953 ya se habían iniciado los de 174 de aquellas personas. Pero en 1964, a instancias del cardenal Anselmo Albareda, hermano, por cierto, del benedictino padre Fulgencio, -beatificado como mártir en 2013- Pablo VI suspendía, por razones de oportunidad, la tramitación de los procesos de los mártires españoles del siglo XX. Y siguieron casi veinte años de silencio. Hasta que en octubre de 1983 el hoy Beato Juan Pablo II volvía a activarlos. El lapso fue providencial porque, gracias a él, las proclamaciones de los nuevos beatos fueron llegando en unos momentos en los que el poder político se mostraba claramente adverso a la Iglesia en España. Mientras que los valores cristianos resultaban rechazados y escarnecidos en diferentes ámbitos; desde los medios de masas al parlamento. Lo mismo que la figura del Papa. Era la situación denunciada por Benedicto XVI durante su viaje a España en noviembre de 2010, cuando dijo:

---

<sup>11</sup> Madrid, 2006: EDIBESA

<sup>12</sup> Antonio MONTERO MORENO, Arzobispo de Mérida- Badajoz, *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)*, Madrid, 1961: BAC, pág. 81, cit. en Francisco ODRIOZOLA ARGOS, *Cántabros testigos de la fe. Santos, beatos, venerables y siervos de Dios*, Obispado de Santander, 2001, pág. 117.

[...] en España ha nacido una laicidad, un anticlericalismo, un secularismo fuerte y agresivo como se vio en la década de los años treinta [...] Y ese enfrentamiento, disputa entre fe y modernidad, ocurre también hoy de manera muy vivaz.<sup>13</sup>

El ejemplo de los testigos de la fe resultaba especialmente oportuno. Ciertos autores han querido interpretar sesgadamente dichas beatificaciones como una agresiva respuesta eclesial a la ley de la Memoria Histórica de Rodríguez Zapatero. Nada puede haber más opuesto a la realidad y para comprobarlo basta con acercarse a los pasos que deben darse en cualquier proceso de beatificación.

Pero esta radicalización de los citados autores se manifestaría algo más tarde, con el nuevo milenio. En su momento nadie interpretó, al menos públicamente, de ese modo la primera de aquellas beatificaciones. Y el 29 de marzo de 1987 la Iglesia española vivía una jornada tan histórica como gloriosa: en la basílica de San Pedro del Vaticano, Juan Pablo II pronunciaba la fórmula de beatificación:

Nos, acogiendo los deseos de nuestro Hermano Jesús Pla Gandía, Obispo de Sigüenza-Guadalajara..., así como de otros muchos Hermanos en el Episcopado, y de numerosos fieles, después de haber escuchado el parecer de la Congregación para la Causa de los Santos, con nuestra Autoridad Apostólica declaramos que las Venerables Siervas de Dios: María Pilar de San Francisco de Borja, Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz y María de los Ángeles de San José..., de ahora en adelante pueden ser llamadas Beatas, y se podrá celebrar su fiesta en los lugares y en el modo establecido por la ley eclesiástica, el día 24 de julio, día de su tránsito al Cielo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.<sup>14</sup>

Subían a los altares tres carmelitas brutalmente asesinadas en Guadalajara en los primeros días de la Guerra Civil. El juicio definitivo de la Iglesia quedaba fijado: hubo verdaderos mártires entre las víctimas de la represión republicana. Es decir, hombres y mujeres asesinados por auténtico odio a la fe en aquella persecución religiosa que se vivía en la retaguardia. Mientras, seguían ardiendo las iglesias, se despedazaban las imágenes religiosas y se profanaba el Santísimo Sacramento, en pueblos y ciudades de media España. Morían por seguir siendo, en medio del terror, fieles hijos de la Iglesia. Como antes había sucedido en Roma, Japón, Francia o Méjico a lo largo de los siglos de historia del Cristianismo. Situaciones similares y una misma respuesta por parte de los testigos de Cristo: reconocerle hasta la muerte, perdonando a los verdugos.

Desde aquella primera beatificación; la de las tres carmelitas de Guadalajara, han transcurrido veintisiete años y más de mil mártires españoles de su tiempo han ido subiendo a los altares hasta 2013. En octubre de ese año, otros quinientos veintidós pasaron a formar parte del Martirologio de la Iglesia, en la gran ceremonia de Tarragona. Santos que murieron perdonando y rogando por España. Uno de ellos, Mosén Guillermo Llabrés Pons, párroco de San Clemente de Menorca, escribió:

¡Divino Nazareno! Por las mortales angustias de vuestra oración en Getsemaní, confortad nuestro corazón, y no nos abandonéis. No abandonéis a vuestra España, la pobre España, tan

---

<sup>13</sup> Palabras de Benedicto XVI pronunciadas a bordo del avión en el que viajaba hacia España. Ver *Público* de 6 de noviembre de 2010, cit. en Pablo LINARES y José María MANRIQUE, *El Valle de los Caídos...*, pág. 69.

<sup>14</sup> Ver *Hispania Martyr*, portavoz de la Asociación cultural nº 47.002, Boletín nº 61, octubre de 2012, pág. 11.

acariciada de vuestro Corazón, y en donde tenéis puestos los ojos para reinar en ella con predilección.<sup>15</sup>

Se refería, naturalmente, a la promesa del Sagrado Corazón al Padre Hoyos: <Reinaré en España... >. La tuvieron muy presente los sacerdotes menorquines asesinados en el barco prisión <El Atlante>. Uno de ellos dijo con pena: <No podremos ver el reinado del Sagrado Corazón de Jesús>. A lo que otro, esperanzado y profético, respondió: <No, pero seremos piedras vivas de su monumento>.<sup>16</sup> Más vivos que nunca después de la muerte, en el más puro espíritu martirial. Por otra parte, sin abandonar la diócesis de Menorca, existe otro caso digno de mención que confirma la sentencia de Tertuliano, <la sangre de los mártires es semilla de cristianos... >. Y en ocasiones como esta, los frutos fueron inmediatos. Me refiero a la muerte de Juan Huguet, joven sacerdote de Ferrerías, ordenado el 6 de junio de 1936 y asesinado un mes más tarde, el 23 de julio, por el brigada del ejército republicano, Pedro Marqués. El autor del crimen experimentó después una conversión radical y murió reconciliado; en el seno de la Iglesia. El cardenal Ángelo Amato, prefecto para la Congregación para las Causas de los Santos desde 2008, se refirió a él en el curso de la conferencia que pronunció en la Seo de Zaragoza el 3 de mayo de 2012:

El brigada Marqués, llegó a Ferrerías al mando de sus milicianos y arrestó al joven sacerdote y a otros cuatro compañeros, ordenándoles en tono imperativo: <Quitaos esa nauseabunda sotana>. Y después, viendo que el joven Juan Huguet llevaba bajo ella un crucifijo, se lo arrancó violentamente, y apuntándole con la pistola, le espetó: < ¡O escupes sobre él o te mato!>. El joven sacerdote con su cabeza hizo una señal negativa. Alzó los ojos a lo alto, puso los brazos en cruz y con voz fuerte y segura exclamó: < ¡Viva Cristo Rey!>. Marqués le disparó en la cabeza, y le dio después el tiro de gracia.<sup>17</sup>

Destacó el cardenal dos elementos singulares: la fortaleza del joven sacerdote y la conversión del perseguidor. En cuanto al primero, explicó que la clave se la facilitó el relator de la Causa: <En aquel período de violencia y propaganda anticatólica, en los seminarios había una auténtica pedagogía martirial que preparaba a los seminaristas a la eventualidad de concreta del ofrecimiento total de la vida por Jesucristo y por su Iglesia>.<sup>18</sup> El segundo elemento tiene mayor profundidad teológica: el Brigada Marqués, juzgado por un tribunal civil, confesó su culpa y reconoció encontrarse merecedor de la muerte. Merece la pena seguir el hilo de aquella conferencia:

Como tantos otros, Pedro Marqués pudo haber huido a la justicia marchando al extranjero. No lo hizo porque sentía la necesidad de expiar con la muerte el crimen cometido. El remordimiento le acompañaba desde aquel momento. Marqués pidió y recibió la asistencia de un sacerdote que le dio el consuelo de la absolución y oyó después la Santa Misa en la que comulgó devotamente. Terminado el Santo Sacrificio, se acercó al altar diciendo al celebrante: <quiero abrazarle como acto de reparación por el delito que cometí matando a aquel otro joven sacerdote en Ferrerías>. Este cuadro recompone en clave moderna la teología del martirio, presente ya en los escritos neo testamentarios.<sup>19</sup>

---

<sup>15</sup> Ibídem.

<sup>16</sup> Ibídem.

<sup>17</sup> Ibídem, pág. 7.

<sup>18</sup> Ibídem.

<sup>19</sup> Ibídem.

## Sacerdotes y obispos mártires

El genocidio contra el clero español no sólo se llevó a cabo de una manera fría y calculada sino que también estuvo jalonado de episodios atroces. Uno de los más sobrecogedores fue el de Florentino Asensio Barroso, Obispo de Barbastro, una de las poblaciones donde con mayor ensañamiento se persiguió a los religiosos. El padre Gabriel Campos Villegas (c. m. f.) recoge en su obra *Mártires claretianos de Barbastro*, las últimas horas del mártir: atado a otro prisionero, fue llevado al Ayuntamiento donde le esperaba un tribunal popular formado por un oculista <de mala entraña>, Héctor M., Antonio R., el Marta y Santiago F., el Codina. Este último le dijo a un tal <Alfonso G., analfabeto>:

<¿No decías que tenías ganas de comer co... de Obispo? Ahora tienes la ocasión>. Alfonso G. no se lo pensó dos veces: sacó una navaja de carnicero; y allí, friamente, le cortó en vivo los testículos. Saltaron dos chorros de sangre que enrojecieron las piernas del prelado y empaparon las baldosas del pavimento, hasta encharcarlas. El Obispo palideció pero no se inmutó. Ahogó un grito de dolor y musitó una oración al Señor de las cinco tremendas llagas. [...] Le cosieron la herida de cualquier manera, con hilo de esparto, como a un pobre caballo destripado. Los testigos garantizan que aquel guiñapo de hombre, el Obispo de Barbastro, se habría derrumbado de dolor [...] si no hubiera estado atado al codo de su compañero, que se mantuvo y lo mantuvo en pie, aterrado y mudo.

El Obispo fue empujado a la plazuela, sin consideración alguna, y conducido al camión de la muerte. Le obligaron a ir por su propio pie, chorreando sangre. Ante los ojos de los hombres, era un pobre perro escarnecido. Ante los ojos de Dios y de los creyentes, era la propia imagen ensangrentada y bellísima de un nuevo mártir, en el trance supremo de su inmolación: completaba con su cuerpo lo que le faltaba a la pasión de Cristo.

El heroico prelado, que el día anterior, el 8 de agosto, había terminado una novena al Corazón de Jesús, iba diciendo en voz alta: <¡Qué noche más hermosa ésta para mí: voy a la casa del Señor!>. José Subías de Salas Bajas, el único sobreviviente de aquellas cárceles de Barbastro, oyó comentar a los mismos ejecutores: <Se ve que no sabe a dónde le llevamos.>

–<Me lleváis a la gloria. Yo os perdono. En el cielo rogaré por vosotros...>–

<Anda, tocino, date prisa> –le decían- y él: <No, si por más que me hagáis, yo os he de perdonar.> Uno de los anarquistas le golpeó la boca con un ladrillo y le dijo: <Toma la comunión>. Extenuado llegó al lugar de la ejecución que fue el cementerio de Barbastro.<sup>20</sup>

Tenía setenta años y era Obispo de Urea en Epiro, además de administrador apostólico de Barbastro, desde marzo de aquel año, 1936. Antes había sido confesor del seminario de Valladolid y director espiritual del Sindicato de Obreras Católicas. Los milicianos que le fusilaron le oyeron decir: <Señor, compadécete de mí>. Otro de los testigos le oyó cómo <ofrecía su sangre por la salvación de su diócesis>. Porque decidieron no rematarle para que sufriera más: no recibió el tiro de gracia hasta horas después de su ejecución. Pocos ejemplos tan claros de lo que es un mártir y del porqué de su proclamación canónica: no se trata de un arma arrojadiza que la Iglesia lance, interesadamente, para contrarrestar la labor de jueces o políticos sectarios. El cardenal Amato, en su referida conferencia de la Seo de Zaragoza, dijo respecto de Monseñor Asensio:

---

<sup>20</sup> [http://www.hispaniamartyr.org/Martires/obispo\\_florentino.htm](http://www.hispaniamartyr.org/Martires/obispo_florentino.htm). Ver también, Ministerio de Justicia, 1943, *Causa General*, Madrid, 2008: Akrón; [www.editorialakron.es](http://www.editorialakron.es), págs. 221 y 222.

El Obispo Florentino Asensio estaba preparado para el martirio. Ante el ambiente anticatólico imperante en Barbastro, tomó posesión discretamente de su sede el 15 de marzo de 1936, con estas emocionantes palabras: <Confiado en la gracia divina, que espero no me falte nunca, ofrezco todo mi trabajo, mis desvelos, mis oraciones y mi vida, para salvar las almas que Cristo me ha confiado, misión santificadora que impone el oficio episcopal>.

Le sugerían que se alejara de su diócesis, pero les respondió que nunca abandonaría a su grey. Esta decisión fue fielmente aceptada en la hora suprema del ofrecimiento de su vida el 9 de agosto de 1936. Un cristiano afirmó después haber oído sus últimas palabras: <Viva el Corazón de Jesús>. El pastor bueno fue beatificado por Juan Pablo II el 12 de mayo de 1997.<sup>21</sup>

El Beato Florentino Asensio se inmolaba por su diócesis y vio cumplido su ofrecimiento meses más tarde. Toda una lección de teología del martirio. No le movía otro fin, en aquellos sus últimos días, para permanecer en su sede que el amor a Dios y al prójimo; especialmente a sus feligreses, por los que ofreció la vida y todos sus sufrimientos. <Imagen ensangrentada y bellísima de un nuevo mártir>, como dijo el padre Campos. Siguiendo los pasos del Redentor, por la misma razón que Él: amor a Dios y al prójimo hasta la entrega de la propia vida. No hay amor más grande; lo dice el Evangelio. Y no hay arma tan fuerte como el amor; el mayor de los mandamientos. Contra esa arma de la que se revistió el Obispo, nada pudieron las salvajes torturas, ni las amenazas previas. En Monseñor Asensio se encuentra la sorprendente alegría sobrenatural que veremos en otros mártires a la hora de afrontar la muerte.

En cuanto a las vejaciones sufridas, no fue tampoco una excepción. En los procesos de otros sacerdotes martirizados se describen situaciones similares. Por ejemplo, el párroco de Sadernas (Gerona), Mosén Juan Conill, tras sufrir golpes y disparos, fue quemado vivo, llenándole la boca de gasolina. Después, lo dejaron semienterrado a merced de los perros. Peores aún fueron los suplicios del párroco de Griens (en la misma diócesis), Mosén Tomás Comas y otros clérigos catalanes:

Encerrado junto con otro eclesiástico, en una capilla que fue incendiada, resistieron ambos el calor y el humo orando arrodillados; trasladado a otro lugar, fue atado a un árbol, desnudado y brutalmente mutilado, quemado vivo y rematado a tiros. A Mosén Bartomeu Solá, capellán de las carmelitas de Hostalrich, le martirizaron bárbaramente, llegando a sacarle los ojos y echarlo en un pozo. A Mosén Francesc Cargol, párroco de Sant Pere Pescador, le dispararon varios tiros de revólver y, vivo aún, fue quemado. Otros fueron enterrados vivos...<sup>22</sup>

Se produjeron torturas muy parecidas en otras diócesis como Valencia, Málaga o Ibiza. La castración de los sacerdotes o el sacarles los ojos antes de matarlos fue una práctica frecuente en aquellos crímenes que llegaron a tener la apariencia de rituales. Tan diabólicos como los ocurridos en las calles de Madrid en el siglo anterior, descritos por Menéndez Pelayo. No eran nada nuevo el ensañamiento con las víctimas ni la fortaleza que éstas demostraron: ambas cosas han estado presentes, a lo largo de la Historia de los mártires. Ya en la Antigüedad escribió Lactancio:

Cuando ve el pueblo torturar a estos hombres con variados y sutiles tormentos, y contempla a los verdugos agotados en tanto que los cristianos mantienen firme la paciencia, juzguen, esta es

<sup>21</sup> Conferencia del Cardenal Amato pronunciada en la Seo de Zaragoza el 3 de mayo de 2012, cit. en *Hispania Martyr*, boletín nº 61, octubre de 2012, pág. 8.

<sup>22</sup> Conferencia pronunciada por el Obispo de Gerona, Monseñor don Francisco Pardo Artigas el 28 de marzo de 2012 sobre los sacerdotes mártires de Gerona; intervención de don Jordi Bohigas, miembro de la Comisión Histórica de la Causa. Ver *Hispania Martyr*, boletín nº 61, octubre de 2012, pág. 18.



la realidad, que ni el apoyo de tantos, ni la perseverancia de los que mueren, ni la misma fortaleza en tan crueles sacrificios, pueden ser superados sin la intervención divina.<sup>23</sup>

Estas palabras simplemente describían un modelo; el de los primeros mártires. La fuerza que han demostrado invariablemente, y la que siguen demostrando en la actualidad, sólo puede explicarse como una gracia especial recibida de Dios en los momentos supremos.

Sin alcanzar ese ensañamiento en la ejecución, otros obispos mártires murieron con el mismo espíritu de inmolación que vimos en el caso del de Barbastro. El de Jaén, Monseñor Manuel Basulto, fue una de las víctimas del tristemente famoso <tren de Jaén> o <de la muerte>. Más de doscientos prisioneros procedentes en su mayoría de la catedral de Jaén, donde estuvieron confinados, eran trasladados hacia Madrid cuando al llegar a la altura de Villaverde fueron desviados hasta el Pozo del Tío Raimundo. Allí se les hizo bajar para ser fusilados en un terraplén en grupos de veinticinco. Monseñor Basulto sufrió la angustia en aquella última hora de ver sentenciada a muerte a su propia hermana, Teresa, que venía detenida con él. Trató de salvarla alegando que era <inocente de cualquier crimen>, pero lo más que obtuvo fue que de su ejecución se encargase una miliciana en atención a su sexo. Aún así, el Obispo murió perdonando. César Vidal lo ha descrito muy brevemente, de este modo: <Los fusilamientos continuaron –incluyendo a Manuel Basulto, obispo de Jaén, que murió de rodillas pidiendo perdón por sus asesinos y a Félix Pérez Portela, vicario general- [...]><sup>24</sup>

Monseñor Basulto, es uno de los 293 Siervos de Dios que en 2012 contaba ya con <Decreto de Martirio>, incluídos los 154 aprobados por Benedicto XVI en junio de aquel año. Fue beatificado en la ceremonia de Tarragona en octubre de 2013, junto a los obispos de Lérida (Monseñor Salvio Huix); y Tarragona (Monseñor Manuel Borrás). Sumados a los seis ya beatificados anteriormente, elevaban el número de obispos españoles mártires de la Guerra Civil a nueve. Restaban solamente los Siervos de Dios Manuel Irurita Almandoz, Obispo de Barcelona y Miguel Serra Sucarrats, Obispo de Segorbe, cuyas causas fueron remitidas a la Congregación Romana después de 2002, por lo que todavía en octubre de 2012 no se habían sometido a la Comisión de Teólogos. En aquella fecha, las causas de Monseñor Eustaquio Nieto, Obispo de Sigüenza y la del Administrador Apostólico de Orihuela, Monseñor Juan de Dios Ponce, se encontraban en fase diocesana. Por cierto, que fue también un obispo quien cerraba el Martirologio de la Guerra Civil cronológicamente: el Beato Anselmo Polanco, Obispo de Teruel, que junto a su Vicario General, Mosén Felipe Ripoll, fueron asesinados el 7 de febrero de 1939 por las tropas de Enrique Lister, en el pueblo ampurdanés de Pont de Molins, cuando faltaban menos de dos meses para el final de la guerra. Ambos fueron beatificados por Juan Pablo II en 1995. Eran las últimas víctimas de la persecución religiosa que se extendió a lo largo de toda la contienda.

### **Mártires enterrados en el Valle de los Caídos**

<sup>23</sup> LUCIO CECILIO LACTANCIO FIRMIANO, *Instituciones divinas*, 5, 13, 11, ML 6, 592, cit. en Francisco ODRIÓZOLA ARGOS, *Cántabros testigos de la fe en el siglo XX. Santos, venerables, siervos de Dios*, Obispado de Santander, 2001, pág. 108.

<sup>24</sup> César VIDAL, *Paracuellos-Katyn* (págs. 134.135), cit. en Santiago MATA, *El tren de la muerte*, Madrid, 2011: La Esfera de los Libros, pág. 21.

En Tarragona, junto a los mencionados obispos, fueron también beatificados ocho mártires enterrados en el Valle de los Caídos: Guillermo Álvarez Quemada (F.S.C.); Francesc Company Torrellas, sacerdote diocesano; Eugenio García Tribaldos (F.S.C.); Alejandro González Blanco (F.S.C.); Ignacio González Calzada (F.S.C.); Lluís Janer Riba, sacerdote diocesano; José Pérez González (O.F.M.); y Miguel Solas del Val (F.S.C.). Antes de esa fecha, ya habían sido beatificados otros quince de los allí sepultados. Así, el número total de mártires reconocidos como tales, enterrados en el Monumento Nacional a los Caídos, ascendía a veintitrés. Pablo Linares y José María Manrique han publicado un extracto del resumen que les proporcionó al respecto fray Santiago Cantera, actual Prior de la Abadía de Santa Cruz del Valle de los Caídos:

Siete fueron beatificados por Juan Pablo II y están sepultados en la Capilla del Sepulcro. En 1989, dos religiosos pasionistas de la comunidad de Daimiel (Ciudad Real), el P. Juan Pedro de San Antonio y el hermano Pablo M<sup>a</sup> de San José; cayeron gritando: <¡Viva Cristo Rey!> el 25 de septiembre de 1936 en Santiago de Calatrava y sus cadáveres lanzados a un pozo. En 1995, dos religiosos marianistas: Jesús Hita y Fidel Fuidio; el primero fue asesinado el 25 de agosto de 1936 en Carrión de Calatrava y el segundo el 16-17 de octubre de 1936. Y en 1998 varias mártires salesas (visitandinas), asesinadas en Madrid el 18 de noviembre de 1936, entre ellas las hermanas María Cecilia, María Ángela y María Josefa.

Benedicto XVI beatificó otros ocho el 28 de octubre de 2007; se hallan en la capilla del Pilar. El dominico P. José Gafo Muñiz, destacado apóstol social, era superior en funciones del convento de Santo Domingo el Real de Madrid; fue sacado de la cárcel Modelo y asesinado. Y siete de las 23 religiosas adoratrices asesinadas en Madrid el 9/10 de noviembre de 1936: las hermanas Josefa de Jesús, Belarmina de Jesús, Ángeles, Ruperta, Felipa, Cecilia y Magdalena.

Hay algunos más a los que podría unirse el Abad Emilio Aparicio, en igual situación aunque no mártir.<sup>25</sup>

En esta relación destacaba el dominico padre Gafo, por su marcada vocación social: había impulsado el sindicalismo católico, recorriendo España para conocer sobre el terreno la situación real de los campesinos; incluso entró en política, llegando a ser diputado en 1934. Al estallar la guerra, después de poner a salvo a los religiosos de su comunidad, -como vimos, era superior de Santo Domingo el Real de Madrid- se refugia en una pensión desde la que se dirige a Indalecio Prieto, pidiéndole la preservación de la biblioteca y el archivo de su convento. Fue detenido y llevado a la Modelo donde permaneció hasta el 3 de octubre de 1936, día en que se le comunicó su puesta en libertad. Ese solía ser el procedimiento -como ya sucediera en las Matanzas de Septiembre de París durante la Revolución Francesa- para eliminar a los presos sin que se pudiera responsabilizar al Gobierno. Efectivamente, el padre Gafo fue asesinado inmediatamente. No se tuvo en cuenta su trayectoria social; era un sacerdote, motivo más que suficiente para eliminarlo. Otro caso evidente de odio a la fe. Fue trasladado al Valle de los Caídos, desde el cementerio de La Almudena, en 1961.<sup>26</sup>

En cuanto a las adoratrices, se dieron todos los agravantes posibles. Como señalara Montero, en su ya citada obra:

---

<sup>25</sup> Pablo LINARES y José María MANRIQUE, *El Valle de los Caídos. Crónica de una persecución salvaje*, 2011: Galland Books, S.L.N.E., pág. 24

<sup>26</sup> Ver Fernando OLMEDA, *El Valle de los Caídos. Una memoria de España*, Madrid, 2009: Península, pág. 381.

Cualquier resumen, por breve que sea, del calvario de la Iglesia española, en 1936, tiene que mencionar obligatoriamente la inmolación brutal de 23 religiosas adoratrices en la madrugada del 10 de noviembre de 1936 junto a las tapias del madrileño cementerio del Este. Un desafuero donde se acumularon todos los agravantes de los códigos civilizados, desde el desprecio de sexo y edad hasta la nocturnidad y el desamparo. Se trataba de un grupo de enfermas y ancianas, entre las que apenas podía contarse media docena de mujeres sin achaques.<sup>27</sup>

Expulsadas de su convento, en la calle Princesa, se instalaron en un piso de la Costanilla de los Ángeles, donde lograron conservar la sagrada Eucaristía. <Llegaban las hostias consagradas por tres conductos diferentes, prueba de que en las semanas más sangrientas del terror el ministerio sacerdotal seguía funcionando heroica y organizadamente>.<sup>28</sup> Allí, en ese último refugio, después de sufrir diez registros, fueron detenidas el 9 de noviembre, siendo fusiladas en la madrugada del día 10, tras haber pasado por la checa de Fomento. Lo poco que se sabe de sus últimos momentos es gracias al relato de una vecina suya, <una humilde vendedora, muy conocida en la calle y amiga de las monjas, que contó después que las religiosas, al bajar del camión, iban arrodillándose sucesivamente ante una de ellas que les decía brevemente algo al oído y las iba despidiendo. De ser esto verdad, es muy posible que las 23 adoratrices comulgaran en el instante inmediato a su ejecución. No podría buscarse manera más hermosa de despedirse de este mundo para una religiosa adoratriz>.<sup>29</sup> Así lo consideraba Montero y no le faltaba razón: la fundadora de la Orden, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, (“la loca de la Eucaristía” se la llegó a llamar) se caracterizó por su especial devoción a Jesús Sacramentado. En el hábito, aquellas mártires habían llevado la custodia que las distinguía. De las siete adoratrices enterradas en el Valle de los Caídos, cinco –Concepción (Ruperta) Vázquez Areas, Mercedes (Ángeles) Tuñi Ustech, Felipa Gutiérrez Garay, Magdalena (de Jesús) Pérez y Cecilia Iglesias del Campo-, eran <Hijas de Casa>, es decir antiguas alumnas de la Orden, consagradas con votos privados, que colaboraban con las religiosas.

La historia de las mártires salesas del madrileño monasterio de la calle Santa Engracia, es muy similar. También ellas tuvieron que abandonar su casa, que fue uno de los conventos incendiados el 11 de mayo de 1931, y vivían juntas en un semisótano de la cercana calle de González Longoria. En sus últimos momentos de relativa libertad, vivían plenamente el espíritu martirial. Sabían lo que les esperaba y deseaban que llegara la hora de dar testimonio; lo expresaban de manera muy elocuente: < ¡Qué alegría! Estamos esperando de un momento a otro que en nombre del Señor vengan a por nosotras. ¡Qué hermosura! ¡Vamos a alcanzar la palma del martirio!>; <Nos vamos con nuestro Señor. ¡Qué gracia alcanzar la palma del martirio!>; < ¡Quién nos iba a decir que seríamos mártires!>.<sup>30</sup> Fueron detenidas el 18 de noviembre de 1936 –nueve días más tarde que las adoratrices- mientras rezaban juntas y daban gracias a Dios. Una de ellas, la hermana María Inés Zudaire, estaba en cama con 40 grados de fiebre.

---

<sup>27</sup> Antonio MONTERO MORENO, *Historia de la persecución religiosa en España*, cit. en Gregorio RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, *El hábito y la cruz. Religiosas asesinadas en la guerra civil española*, págs. 88 y 89.

<sup>28</sup> *Ibidem*, pág. 90.

<sup>29</sup> *Ibidem*, pág. 91.

<sup>30</sup> José Luis GUTIERREZ GARCÍA, *Unidas hasta la muerte. Biografía de las siete Beatas Mártires del Primer Monasterio de la Visitación de Santa María de Madrid*, Madrid, 2002: EDIBESA, págs. 215-217.

Al pedir una de las hermanas una manta para la enferma, la respuesta de uno de los verdugos fue brutal: <No hace falta manta, porque la vamos a curar enseguida>.<sup>31</sup> Al subir en el coche, las salesas se fueron santiguando lo que provocó las iras de los espectadores que se habían congregado en la acera para verlas salir. Una de aquellas mujeres llegó a decir: <Es una lástima gastar gasolina con esas monjas. Las debían haber matado aquí. Yo las hubiera matado aquí. Santiguarse es un desafío>.<sup>32</sup> Se había llegado a esa situación: en el Madrid del 36 la señal de la cruz para algunos era suficiente motivo para condenar a muerte a quien la hiciera. Aunque, antes de su detención las salesas estaban condenadas. Directamente las llevaron a un solar de la calle López de Hoyos, frente al final de la de Velázquez, donde las fusilaron según iban bajando del coche. A las siete, excepto a la hermana María Cecilia, - María Cecilia Cendoya Araquistain- cuyo calvario se prolongó algo más. A sus veintiséis años era la más joven del grupo. Huyó instintivamente al oír las descargas para ser detenida esa misma noche, por segunda vez: una pareja de guardias de asalto la encontró perdida por las calles de aquel Madrid que apenas llegó a conocer.<sup>33</sup> Inmediatamente se identificó como monja y fue llevada a la checa de la calle Hermosilla, para pasar luego a la cárcel de Porlier de donde fue sacada el día 22 para morir fusilada en las tapias del cementerio de Vallecas. Es una de las tres salesas enterradas en el Valle de los Caídos. Las otras cuatro fueron sepultadas en la cripta de su monasterio, donde se las venera actualmente. Entre ellas, la hermana María Engracia –María Engracia Lecuona- , guipuzcoana como la anterior. También de ella nos han llegado testimonios que refuerzan la idea del extraordinario fervor de aquella comunidad, en sus declaraciones de los últimos días: < ¡Ay! ¡Si por nuestra sangre, Señor, se salvara España!>; <Jesús mío, ¡cuánto antes, si por nuestra sangre se salvara España!>.<sup>34</sup>

### Clérigos y laicos. El valor del testimonio

Junto a la ingente cantidad de clérigos, también se han reconocido como mártires un buen número de laicos. Varios miembros de la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP) han sido beatificados o se encuentran en vías de serlo. Como el beato Luis Campos Górriz, Secretario General de la ACdP y del CEU a pesar de su juventud; tenía 31 años en el momento de su muerte. Detenido en Valencia el 28 de noviembre de 1936, lo fusilaron inmediatamente en el picadero de Paterna. Fue elevado a los altares por Juan Pablo II el 11 de marzo de 2001 con otros 233 mártires de la Guerra Civil.<sup>35</sup>

El siguiente caso resulta especialmente edificante: se trata de José Castaño Capel; un padre de ocho hijos, que trabajó como carpintero y ferroviario. Líder del sindicalismo católico, llegó a ser presidente de la Federación de Obreros Católicos y fundó el Sindicato Ferroviario de Murcia, sin dejar por ello de trabajar en los oficios mencionados. Murió dando una lección de caridad cristiana realmente ejemplar; difícilmente superable. En este caso el mártir no se limita a perdonar a sus verdugos o pedir a Dios que los perdone por lo que iban a hacerle: tiene muy presente –y se lo

<sup>31</sup> *Ibíd.*, pág. 217.

<sup>32</sup> *Ibíd.*, pág. 218.

<sup>33</sup> Era de Azpeitia, y había crecido en Azcoitia. De su Guipúzcoa natal pasó directamente al monasterio de la Visitación de Madrid.

<sup>34</sup> José Luis GUTIERREZ GARCÍA, *Unidas hasta la muerte. Biografía de las siete Beatas Mártires del Primer Monasterio de la Visitación de Madrid*, pág. 224.

<sup>35</sup> <http://www.acdp.es/beatos-de-la-asociacion/>

manifiesta a la que pronto sería su viuda- que son sus hermanos y quiere que se salven. Ellos y todos los que en aquellos momentos perseguían a la Iglesia. En vísperas de su muerte escribe a su mujer:

Perdona a cuantos hayan intervenido en este proceso en contra de mi vida y pide a Dios por ellos para que se salven; son hermanos nuestros e hijos de Dios y herederos de su gloria. Con fervor pide por todos los que odian a Cristo para que se conviertan y vivan. Ánimo Ángeles, elévate hasta lo alto, bendito sea Dios que me señala la hora de mi muerte.<sup>36</sup>

Su causa de canonización se inició en 2007 en Cartagena y se clausuró solemnemente, en su fase diocesana, el 1 de diciembre de 2012, en la catedral de Murcia.<sup>37</sup>

En el Valle de los Caídos se encuentra enterrado otro de los propagandistas católicos cuyo caso podría estudiarse de cara a la apertura de su causa de beatificación: Dimas Madariaga, primer vicepresidente de la CEDA, diputado por Toledo desde 1931 y secretario de las Cortes en el momento de su muerte. La guerra le sorprende en Piedralaves y, sabiéndose perseguido, se interna en el monte. Pero un comunista de dicho pueblo, Crescencio Sánchez Carrasco, guió a sus perseguidores hasta el lugar donde se escondía. Cuando Madariaga se encaró con ellos era plenamente consciente del riesgo que corría. Le increparon:

-¡Tú eres Madariaga!

-¡Diputado fascista y católico!, exclamó uno.

-Soy de los que nunca niegan al Divino Maestro, respondió el diputado a sus verdugos.

Y cayó en el momento atravesado por una descarga.<sup>38</sup>

Como todos los mártires, sabía que aquel reconocimiento de su fe significaba la muerte, pero no vaciló.<sup>39</sup> El que sirviera de guía a sus asesinos redimió su condena en el Valle de los Caídos, el lugar a donde serían trasladados los restos de Madariaga cuando Sánchez Carrasco era libre desde hacía más de una década. Su expediente es un claro ejemplo de la rapidez con la que redimieron sus condenas en el Valle los presos acogidos a la redención de penas por el trabajo.

Otro ejemplo de martirio relacionado con la ACdP es el sacerdote valenciano Alfonso Sebastián Viñals, con el que terminaré mi intervención: ordenado en 1933, a los 23 años de edad, vivió dedicado al apostolado de Acción Católica, siendo nombrado director de la Escuela de Formación Social de Valencia, fundada por la Asociación Nacional Católica de Propagandistas. Como miles de sacerdotes, sólo por serlo, fue detenido al comienzo de la Guerra Civil y asesinado muy poco después. Tenía 26 años y había desarrollado lo principal de su labor docente para grupos de obreros a quienes daba a conocer la doctrina social de la Iglesia. No le valió de nada a la hora de ser condenado por unos asesinos a los que perdonó. Poco antes de su muerte, escribía: <Voy a morir, estoy seguro. Sólo pido que reces por mí para que pueda perdonar hasta el último

---

<sup>36</sup> Ibídem.

<sup>37</sup> Ibídem.

<sup>38</sup> <http://www.elvalledeloscaidos.es/portal/archives/3731>

<sup>39</sup> El relato de su captura lo recogió el párroco de Piedralaves en <Historia de la cruzada española> de donde lo tomó Ángel David Martín Rubio para su blog: <Desde mi campanario>.

momento>.<sup>40</sup> Alguien que tenía la vida por delante, y que se había entregado a su prójimo vocacionalmente, en el momento de afrontar la muerte solamente esperaba que Dios le alcanzase la gracia de poder perdonar. No pedía otra cosa. Como Luis Campos Górriz, fue beatificado por Juan Pablo II el 11 de marzo de 2001. El mismo Papa, unos años antes, había dicho:

¡Los mártires son tantos! Su recuerdo no debe perderse, más bien debe recuperarse de modo documentado. Los nombres de muchos no son conocidos; los nombres de algunos fueron manchados por sus perseguidores, que añadieron al martirio la ignominia; los nombres de otros fueron ocultados por sus verdugos, ¡conózcanse ya!<sup>41</sup>

Lo reclamaba el mismo pontífice que volvió a poner en marcha las beatificaciones de los mártires españoles del siglo XX. Entre las legiones de testigos de la Fe de aquel siglo, se refería, sin duda, también a los de España. Cientos de ellos subieron ya a los altares; muchos aún esperan su proclamación. <Conózcanse ya>.

---

<sup>40</sup> [www.acdp.es](http://www.acdp.es)

<sup>41</sup> Beato Juan Pablo II, Discurso <Testigos de la Fe del siglo XX>, en el Coliseo, 7-V-2000; cit. en Francisco ODRIOZOLA ARGOS, *Cántabros testigos de la Fe en el siglo XX. Santos, Beatos, Venerables, Siervos de Dios*, pág. 167.